

LEONARDO HERNÁNDEZ

ATRAPADO EN EL
FIN DEL MUNDO



Áurea Ediciones

Prólogo:

No había más que oscuridad. Los labios de Iván temblaban sin parar mientras el frío de la noche se colaba por las grietas de la ventana rota. Solo en su habitación, las lágrimas caían sin cesar mezclándose con el polvo que cubría el suelo, tan silenciosas como la muerte que aguardaba afuera. Dentro de este sueño miró algo fuera de lo común: sombras errantes, rostros pálidos, miradas huecas. Todo lo que alguna vez fue familiar se había transformado en una pesadilla retorcida. Lo supo entonces, aunque le costara admitirlo: era la felicidad del Dios llamado Muerte, que venía por él.

Este mundo se había convertido en un juego sádico, una ilusión tejida por un maldito ser superior. ¿Quiénes van a vivir? pensó en voz alta. Salvar a todos era difícil. No puedo hacer un milagro por ti, no apuestes por mí, pensaba cada vez que se cruzaba con otro sobreviviente. A cada paso, el tiempo se desvanecía, al igual que el último aliento que quedaba en su interior. A veces, en las noches más solitarias, Iván sentía el susurro de una canción en su cabeza. Un murmullo persistente que le recordaba que no

había salvación, ni consuelo, ni descanso. Nadie me salvará, pensaba, cerrando los ojos, rogando al Dios oscuro que no desgarrara más su alma.

El tiempo pasaba y él solo podía observar el mundo caer, consumido por el caos y el hambre. Nos estarán observando, pensó. Como si fuéramos el macabro espectáculo de algo superior. Estaban atrapados en un limbo, lejos de la vida y la muerte, en un rincón olvidado al final del mundo, donde alguna vez creyó estar a salvo. Pero Iván debía cumplir lo que prometió, aunque le doliera y sus manos temblaran y su cuerpo se desmoronara. Sobreviviría un día más. Y aunque sentía que su alma moriría en soledad cual rosa helada, y que sus lágrimas ya no querían descansar, había algo en él que se rehusaba a desaparecer. La vida lo había convertido en un joven marchitado por la frialdad de este nuevo mundo, donde cada noche era una condena y cada día un recordatorio de su propia fragilidad.

Tal vez no podría salvar a nadie, tal vez no lograra salvarse ni a sí mismo, pero en esa desolación, Iván seguía adelante, un paso a la vez, esperando algún día encontrar un motivo para detenerse.

Capítulo uno: Sombras en el pasillo

El eco de las risas y los murmullos maliciosos resonaba en los pasillos de la escuela, un lugar donde Iván había aprendido a caminar con la cabeza gacha y los puños apretados. Sabía que al final de esos pasillos lo esperaba lo de siempre: burlas, empujones y palabras que escocían como cuchillas, arrojadas por aquellos que encontraban en su dolor, un espectáculo.

Iván miraba el suelo, contando los azulejos agrietados a medida que avanzaba. Era una estrategia para distraerse e ignorar lo que sus compañeros decían de él, pero hoy no hubo suerte. Apenas dobló la esquina hacia su salón, un pie lo hizo tropezar, y antes de poder reaccionar, estaba en el suelo. Escuchó las carcajadas y, sin necesidad de levantar la vista, supo de quién venían.

—¿Qué pasa, Iván? ¿Te gusta comer polvo? —La voz de Félix, burlona y cortante, le retumbó en los oídos.

Iván se levantó con las mejillas ardiendo de vergüenza. Félix era su sombra, alguien que siempre estaba ahí para recordarle su lugar, para mostrarle que era el blanco perfecto. Félix no solo se conformaba con palabras, sino que encontraba maneras sutiles y otras veces brutales, de hacerle la vida imposible. Sus compañeros miraban; algunos reían, y otros se limitaban a observar en silencio, disfrutando el espectáculo.

—¿Te quedaste mudo? ¡Vamos, di algo! —insistió Félix, acercándose para empujarlo de nuevo. Era más alto que Iván, más fuerte, y estaba acostumbrado a tener a los demás a su merced. Iván apretó los dientes, su orgullo pidiéndole que respondiera, que gritara, pero no lo hizo. Aprendió hace tiempo que el silencio era su única defensa.

Los empujones y los insultos se sucedieron durante toda la clase, que apenas pudo escuchar. El profesor explicaba algo sobre historia, Iván sentía las patadas de Félix en el respaldo de su silla, suaves pero insistentes, un recordatorio constante de que no había salida. En más de una ocasión, intentó mirar al frente, concentrarse en el pizarrón, pero sus pensamientos eran un remolino oscuro, lleno de angustia e impotencia. Finalmente sonó la campana que anunciaba el almuerzo, Iván recogió sus cosas en silencio, esperando salir sin ser notado. Apenas cruzó la puerta, Félix ya estaba detrás de él, como si lo estuviese esperando. Iván apuró el paso, pero Félix le dio alcance sin esfuerzo y lo empujó contra las taquillas.

—Sabes, Iván, pienso que deberías agradecerme —dijo Félix con una sonrisa burlona conforme sus amigos se acercaban, rodeándolo—. Después de todo, hacemos tu vida

menos aburrida, ¿no?

Iván sintió el calor subiendo por su cuello, un ardor de rabia y humillación que apenas podía contener. Pero se quedó inmóvil, apretando los puños y los labios, porque sabía que cualquier cosa que hiciera sólo empeoraría la situación. Félix sonrió, satisfecho con su sumisión, y le dio una palmada en la cabeza, como si fuera una mascota. Entretanto, Félix y los otros se alejaban riendo, Iván respiró hondo y se quedó apoyado contra las taquillas, tratando de recuperar la calma. Este era su día a día, un ciclo interminable de maltratos y burlas que parecía no tener fin. Ni en casa encontraba consuelo; su madre siempre ocupada, su padre demasiado ausente o cansado como para notar las sombras que lo rodeaban.

Afuera, las nubes grises se amontonaban, como un reflejo de su estado interior. Iván se dirigió a su lugar habitual, un rincón en el patio trasero de la escuela, donde nadie se molestaba en buscarlo. Se sentó en el suelo, apoyado en el muro, observando el cielo, los primeros truenos retumbaron a la distancia. Deseaba poder escapar, desaparecer, dejar atrás ese lugar y a todos los que lo llenaban de dolor. Las gotas de lluvia comenzaban a caer, Iván cerró los ojos y dejó que el agua lavara su rostro, como si pudiera borrar la humillación y la amargura que llevaba en el pecho. En ese momento, sin saberlo, nació en él una resistencia, una oscuridad silenciosa que lo acompañaría en los días venideros. Porque, aunque él no lo sabía, el mundo estaba a punto de desmoronarse. Y tal vez, en medio de la destrucción y el caos, finalmente encontraría una salida a su sufrimiento.